



# La fe ciega de María Picasso

“Si te conviertes en soldado, serás general. Si te conviertes en cura, terminarás siendo Papa”, le repetía desde niño a Pablo. Fue madre protectora y primera musa del creador del ‘Guernica’. María, que

le escribía casi cuatro cartas semanales cuando estaba en París, conocía tanto a su hijo que sabía que las mujeres siempre le traerían de cabeza, al igual que ya había ocurrido con su abuelo

POR  
**Alicia Vallina**  
El año 1855 fue en España el de la primera huelga general, iniciada en una Barcelona convulsa y proletaria que despertaba al movimiento obrero y que, años más tarde, acogería a uno de los mayores genios del arte universal. 1855 fue también el año de nacimiento

de la mujer más importante de la vida de Picasso, pues no en vano él adoptaría para la eternidad el apellido de María Francisca Picasso López, su madre.

María, malagueña, de complexión robusta, corta de estatura, extrovertida y amante de la lectura, el teatro y la costura, era hija del también malagueño Francisco Picasso Guardado (1825-1888) y de Inés Ló-

pez Robles (1831-1902), de origen humilde y de una familia de barrileros del barrio de El Perchel. Don Francisco, comerciante y un hombre infiel por naturaleza, llegó a tener un sinfín de hijos ilegítimos en La Habana (lugar a donde emigró para trabajar como funcionario de aduanas). Firme defensor de los derechos de los negros, se trasladó posteriormente a Cienfuegos (sur de Cuba), donde falleció de fiebre amarilla en el Hospital de la Caridad.

Francisco era el quinto de los hijos de Tomaso (bisabuelo del genial pintor), natural de Sori (Génova), y un amante de la mar que llegó a ser capitán de barco, y de María Guardado, nacida en Cabra (Córdoba) y físicamente muy parecida al genio. El matrimonio Picasso Guardado tuvo seis hijos, el primero, Juan Bautista, también fue marino como su padre, y padre a su vez de un prestigioso general de la Armada española, Juan Picasso González, quien será conocido por el informe que lleva el ilustre apellido del genio y que realizó sobre el desastre de Annual de 1921, que trajo como consecuencia el golpe de Estado de Primo de Rivera.

María Picasso había contraído nupcias el 8 de diciembre de 1880 en Málaga con José Ruiz Blasco, un hombre alto, delgado, de cabellos pelirrojos y de porte elegante al que llamaban *el inglés*. De él aprendió Picasso su gusto por la pintura, por los toros y por el cante flamenco, que tan presente estará siempre en sus obras y en su vida.

«Si te conviertes en soldado, serás general. Si te conviertes en cura, terminarás siendo Papa», le repetía María a su hijo con la fe ciega que sólo una madre dispensa a sus vástagos más amados. Pablo completará años más tarde el buen augurio de su madre: «En lugar de todo eso fui pintor y me convertí en Picasso». Así, no fue difícil que Pablo sintiese por ella una ternura especial que forjó entre ambos un vínculo indestructible, una fascinación obsesiva que se extendió al universo femenino en que creció y del que el artista se rodeó siempre con constante insistencia.

Pablo (llamado así en homenaje a un tío suyo sacerdote fallecido dos años antes) fue el mayor de tres hermanos, el único varón y el predilecto de su madre. No en vano a punto estuvo de morir nada más nacer, pues vino al mundo apenas sin respiración en un cuarto del número 15 de la Plaza de la Merced de Málaga. Le salvó la vida su tío paterno Salvador, médico de profesión que asistió a María en el parto.

Tres años después, en 1884, nacerá su hermana Lola, coincidiendo con el gran terremoto que se produjo en Málaga el día de Navidad, y que hizo que toda la familia se trasladase al domicilio del pintor Muñoz Degraín, en la cercana calle de la Victoria. Allí fue a nacer Lola *la terremótica*, tres años menor que Pablo y a quien también adoraba, convirtiéndose en estos primeros años en su compañera inseparable de juegos y travesuras.

Por estas fechas, la familia se trasladó entonces al número 32 de la misma Plaza de la Merced, donde también residían sus tías maternas Eladia y Heliodora y su abuela Inés. Pablito tuvo otras dos tías más, la mayor, Aurelia, que, junto a su marido, el joyero de origen italiano Baldomero Ghiara del Peral, ayudó a su sobrino a costear su formación en la Academia de Bellas Artes de San Fernando de Madrid, y su tía Heliodora, a la que también adoraba. Todas ellas cuidaron con enorme mimo del

pequeño Pablo, siempre sobreprotegido, el centro de atención de sus historias, y un niño muy despierto y habilidoso con las manualidades. De hecho, sus tías Eladia y Eliodora trabajaban cosiendo en su domicilio los galones de los uniformes de la compañía de ferrocarriles que Pablo recortaba y dibujaba con tremenda habilidad.

A este ambiente femenino se vino a sumar el nacimiento de la pequeña de sus hermanas, su querida Conchita, seis años menor que él, pero a la que estaba muy unido. Sin embargo, la desgracia se cionó sobre ella, pues falleció de difteria sin haber cumplido los ocho años, en 1895, cuando ya la familia se había trasladado a Coruña como consecuencia del nuevo trabajo de su padre, profesor de dibujo en la Escuela de Bellas Artes. El hecho trágico del fallecimiento de su hermana pequeña marcaría la vida del joven Pablo hasta tal punto que llamará a su primera hija Concepción (fruto de su relación con Marie-Thérèse Walter), quien sería conocida por el apelativo cariñoso de Maya.

Picasso fue desde siempre un niño despierto e inquieto, valiente y decidido, al igual que lo era su madre, una mujer apasionada, de fuerte carácter y con quien el genio tenía un buen parecido físico. Disciplinado, trabajaba incansable al desaliento durante horas, garabateando el papel y empleando como modelos a sus hermanas y progenitores. María guardó celosamente muchos de esos dibujos en los que solía aparecer representada generalmente de perfil, de medio cuerpo, con el cabello negro azabache recogido en un moño a mediana altura y realizando tareas de costura, leyendo o incluso dormida. Estos primeros apuntes, realizados al pastel, con lápiz negro o aguada, son fieles reflejos de los retratados; en el caso de su madre, de una mujer de su tiempo, de naturalidad desbordante e inquieta personalidad.

La relación de Pablo y su madre en estos primeros años de aprendizaje del artista fue de absoluta comunión, cariño y admiración mutuos. ¡Pablo tenía tanto de ella!, y no sólo en su aspecto físico sino también en su apabullante personalidad. De este modo, y cuando el genio decidió abandonar Barcelona para instalarse definitivamente en París en 1904, la correspondencia entre ambos será constante, acompañada de visitas bastante más escasas. Por ejemplo, en 1917, Picasso visitó la ciudad condal con motivo de la actuación de los ballets rusos de Serguei Diáguilev, compañía de la que era bailarina Olga Jójlova (también Khokhlova), amante por aquel entonces del artista y a la que había conocido meses antes en Roma. Parece ser que María Picasso aconsejó a ambos que no se casaran, a lo que hicieron caso omiso, terminando su relación, años después, debido a las constantes infidelidades del malagueño. María, que conocía muy bien a su hijo, sabía que las mujeres siempre le traerían de cabeza, al igual que ya había ocurrido con su abuelo.

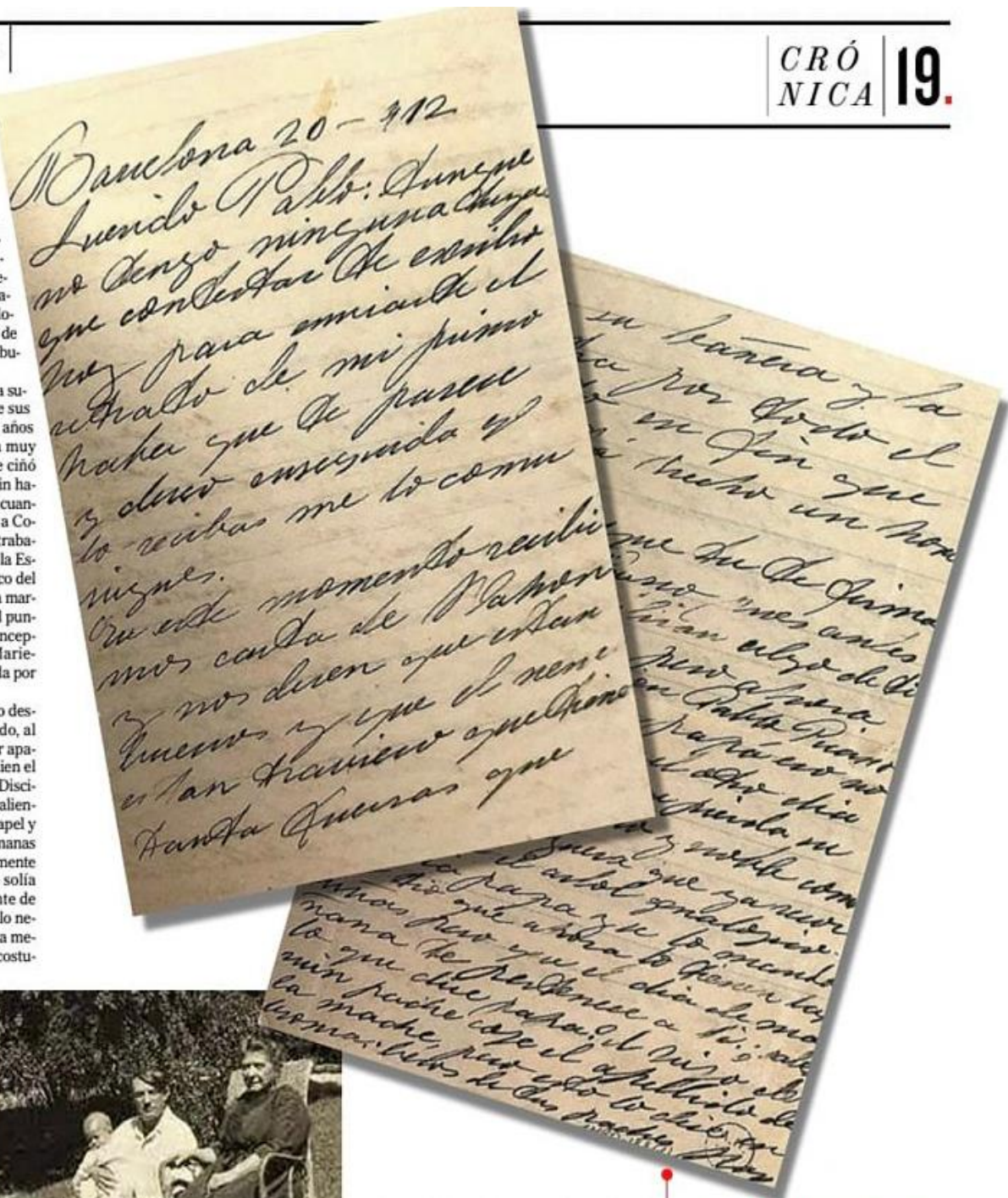
María vivía entonces con su hija Lola, el marido de ésta, el neurólogo Juan Vilató, y sus siete nietos. En la mente, incesante, su querido Pablo, triunfando en París y a quien le encantaba seguir el diario *El Noti-*



Madre, hijo y nieto: una de las pocas fotos conocidas del pintor con María Picasso. Al lado, una carta suya.

ciero que, envuelto en una faja de papel, María le enviaba a través de alguno de sus nietos cuando les encargaba ir a correos.

El Museo Picasso de París conserva toda la correspondencia de Pablo con su madre, al igual que fotos de ambos juntos y el mayor conjunto de documentos del artista. María escribía a su hijo con una casi obsesiva asiduidad, llegando a enviar hasta cuatro cartas semanales o incluso todos los días desde 1904 hasta 1938 (fecha de la muerte de María). Todo este material se custodiara en el naciente Centro de Estudios Picasso (aún cerrado al público), que permitirá conocer más en profundidad muchos de los aspectos de la compleja personalidad del malagueño gracias a su consulta y análisis. Hasta ahora, sólo podemos conformarnos con



algunas de las misivas que el museo francés ha permitido reproducir, las últimas para la exposición titulada Picasso, el extranjero, del Museo de la Historia de la Inmigración de París.

En la carta que aquí reproducimos, fechada el 20 de diciembre de 1912, María Picasso escribe a su hijo desde Barcelona:

**Querido Pablo.**  
Aunque no tengo ninguna tuya que contestar, te escribo hoy para enviarte el retrato de mi primo a ver qué te parece, y deseo enseguida que lo recibas me lo comuniquen.  
En este momento recibimos carta de ¿? y nos dicen que están buenos y que el nene es tan travieso que tiene tanta fuerza que coge su bañera y la arrastra por todo el cuarto. En fin, que ya está hecho un hombre.  
Yo creo que tú te firmarás Ruiz Picasso, pues antes, cuando escribían algo de ti (...) lo decían, pero ahora no, que te dicen Pablo Picasso, y tú sabes que a papá eso no le importa, pero el otro día decía, "es tonto que pierda su apellido, antiguo y noble

como es Ruiz Almoquera" ¡ que ya recordarás que el árbol genealógico que tenía papá y que se lo mandó a tu tío, que ahora lo tienen los niños, pero que el día de mañana te pertenece a ti. ¿Sabes lo que dice papá? El hijo de ¿? padre coge el apellido de la madre, pero esto lo dice en broma.

Besos de tus padres

Madre generosa, amorosa con todos y muy familiar, siempre quitó hierro a que su hijo eligiera su apellido como eterno homenaje para la historia. La última vez que el artista la retrató fue en 1923. Con casi 68 años es ya una mujer entrada de pelo cano y mirada cansada. Apenas tendrían tiempo para despedirse. El éxito de Pablo era fulgurante. La Guerra Civil estalla y él, exiliado en Francia, ya había mostrado al mundo su *Guernica*.

María seguiría alentándole hasta el final, recordando las primeras palabras que pronunció: «piz, piz!». Y el lápiz del genio, siempre afilado, comenzaría a esbozar a su musa con una sonrisa picara en los labios.